

**Kurt Vonnegut, jr.**  
opiniones



**guampeteros  
fomas  
&  
granfalunes**

En el «Prefacio al lector», Kurt Vonnegut explica: “El título de este libro está compuesto por tres palabras de mi novela *Cat’s Cradle*. Un guampetero es un objeto alrededor del cual pueden resolverse las vidas de muchas personas que, de otra manera, no estarían relacionadas; el Santo Grial podría servir de ejemplo. Fomas son mentiras piadosas dichas con la intención de reconfortar a las almas simples; un ejemplo: ‘La prosperidad está a la vuelta de la esquina’, Un granfalún es una orgullosa asociación de seres humanos que carece de sentido, Las tres juntas forman un paraguas tan bueno como el que más para esta colección de mis artículos y ensayos, y unas cuantas conferencias que he pronunciado. La mayoría de mis conferencias nunca fue escrita”.

En esta colección, Vonnegut intenta hablar directa Y auténticamente sobre la vida real, la vida real como opuesta a la ficción. Habla de un modo didáctico, con distinto éxito, sobre un joven vecino de Cape Cod acusado de asesinar a varias jovencitas, de los últimos días de una guerra africana, de una convención republicana que nominó a Richard Nixon para su segundo mandato como presidente de los Estados Unidos. Aconseja a los graduados del Bennington College cómo lograr la felicidad, y deja encantados a los participantes de una reunión conjunta de los institutos norteamericanos y nacionales de Artes y Letras con su informe sobre una nueva técnica de análisis de orina que permite a los científicos distinguir entre homosexuales y heterosexuales...

A  
JILL  
*por su ayuda y amistad*

He viajado mucho en Concord.

HENRY DAVID THOREAU

## Prefacio

Querido lector:

El título de este libro está compuesto de tres palabras de mi novela *Cat's Cradle*. Un *guampetero* es un objeto alrededor del cual pueden resolverse las vidas de mucha gente que de otra manera no estarían relacionadas. El Santo Grial podría servir de ejemplo. Un *foma* es una mentira piadosa dicha con la intención de reconfortar a las almas simples. Un ejemplo: «La prosperidad está a la vuelta de la esquina». Un *granfalún* es una orgullosa asociación de seres humanos que carece de sentido. Las tres juntas forman un paraguas tan bueno como el que más para esta colección de algunos de los artículos y ensayos que he escrito y unas pocas de las conferencias que he pronunciado. La mayoría de mis conferencias nunca fueron escritas.

Antes siempre estaba pronunciando conferencias. Necesitaba el aplauso. Necesitaba el dinero fácil. Hasta que un día, mientras hacía mi rutina normal de desperdigador de mierda en el proscenio de la Librería del Congreso, se me produjo un cortocircuito en la cabeza. No tenía nada más que decir. Fue el final de mi carrera oratoria. Hablé unas pocas veces más después de eso, pero ya no era el locuaz Filósofo de las Llanuras que una vez me había resultado tan fácil ser.

La causa de la desconexión de mi mente en Washington fue una pregunta del público. El hombre de mediana edad que la hizo me pareció ser un reciente refugiado del este de Europa. «Usted es un líder de los jóvenes norteamerica-

nos —dijo—, ¿qué derecho tiene a enseñarles a ser cínicos y pesimistas?».

Yo no era ningún líder de la juventud norteamericana. Yo era un escritor que tendría que haberse ido a su casa a escribir en vez de estar buscando el dinero fácil y el aplauso.

Puedo nombrar varios buenos escritores norteamericanos que se han convertido en magníficos oradores públicos y que ahora les es difícil concentrarse cuando se ponen a escribir. Extrañan el aplauso.

Sin embargo, pienso que la oratoria pública representa casi el único medio por el cual un poeta o novelista o dramaturgo puede llegar a alcanzar una eficacia política en su plenitud creativa. Si intenta poner su política en una obra de la imaginación, destrozará su obra y la dejará prácticamente irreconocible.

Entre las muchas cosas extrañas relacionadas con la economía norteamericana, está la siguiente: un escritor puede obtener más dinero por una conferencia chapucera en una universidad en quiebra que por un cuento que sea una obra de arte. Además, puede vender una y otra vez la misma conferencia y nadie se queja.

La gente se queja en tan contadas ocasiones de las malas conferencias, siquiera de aquellas que cuestan mil dólares y más, hasta el punto que me he preguntado si alguien las escucha realmente. Y recibí una opinión interesante de cómo la gente las escucha, justo antes de mi conferencia ante la Academia Americana de Artes y Letras y del Instituto Nacional de Artes y Letras, conferencia que está en este libro.

Me sentía enfermo de miedo antes de pronunciar la conferencia. Estaba sentado entre un viejo y famoso archi-

tecto y el presidente de la Academia. Éramos tres seres humanos delgados y con los rostros en blanco, a la vista de toda la audiencia. Hablábamos como hacen los convictos en el cine cuando planean una fuga ante los mismos ojos de los carceleros.

Le conté al arquitecto el miedo que sentía. Esperaba que él me reconfortara. Pero replicó sin misericordia y con un volumen de voz como para que le oyera el presidente, que el presidente había leído mi conferencia y que le parecía detestable.

Le pregunté al presidente si era verdad.

—Sí —dijo—, pero no se preocupe.

Le recordé que aún tenía que pronunciar esa conferencia detestable.

—Nadie va a escuchar lo que usted diga —me aseguró—. La gente en muy pocas ocasiones tiene interés en el contenido real de una conferencia. Simplemente quieren saber por el tono de la voz, los gestos y las expresiones si usted es o no es un hombre honesto.

—Muchas gracias —dije.

—Daré comienzo a la reunión —dijo. Y lo hizo. Y yo hablé.

En esta era milagrosa de trasplantes de órganos y de otras formas de vivisección terapéutica, estaría mal que yo protestase en contra de que me diseccionaran cuando aún estoy vivo. Dos buenos jóvenes profesores, Jerome Klinkowitz, de la Universidad de Northern Iowa, y John Somer, del Kansas State Teachers College, me están haciendo exactamente eso en este momento. Han publicado un volumen aparentemente póstumo *The Vonnegut Statement* (La declaración de Vonnegut) que es una colección de ensayos sobre mí. Y se proponen escribir otro: una colección de todo cuanto yo haya escrito y todavía permanezca inédito.

Presentan a mi editor con una bibliografía atterradamente completa. No guardo un registro de mi obra y me ha encantado olvidarme de gran parte de la misma. Klinkowitz y Somer me refrescaron la memoria con sus páginas mordaces. Se imaginaron arqueólogos que desenterraban objetos primitivos que podían contribuir a explicar lo que sea en que me he transformado. Pero algunos de los objetos desentrañados más espantosos en realidad eran de origen reciente. Cuando examiné toda la mierda sin duda asociada con mi cuerpo, no me sentí como el fantasma de Tutankamon. Me sentí como una persona que vivía de modo arrastrado, inmóvil y acusada de delitos menores con toda justicia.

De toda esa mierda, he pergeñado este volumen. No me hubiera sido posible hacerlo sin la ayuda de Klinkowitz y Somer, quienes sabían dónde estaban enterrados casi todos los cadáveres. Ni siquiera el vía crucis de la *veglia*, que según dicen es la tortura más espantosa jamás inventada por seres humanos, me haría confesar dónde se publicaron esos tres o cuatro —y cuándo—. Sólo ignoran tres o cuatro obras mías.

Éste no es un libro acerca de las prendas de mi ropero, por así decirlo. Estoy contento de haber conservado gran parte de este material. Hay varios cuentos que jamás han sido puestos en una colección. Me satisface dejarlos en ese estado, salvo uno de ellos, *Fortaleza*, el guión de una película de ciencia ficción que no llegó a producirse. Es la única ficción presente en este libro.

El resto del libro me muestra tratando de decir la verdad al desnudo, sin los ornamentos de la ficción, sobre diversos temas. Lo que nos lleva a una discusión del lugar que le corresponde al «nuevo periodismo», como opuesto a la ficción, en la literatura de los tiempos modernos.

Tucídides fue el primer «nuevo periodista» de quien yo tenga referencias. Era una celebridad que se puso a sí mismo en el centro de las verdades que iba a decir, supo escoger el momento en que debía hacerlo y pensó que valía la pena ser agradable y entretenido. Fue un buen maestro. No quiso hacer dormir a sus estudiantes con la verdad y supo narrarla en términos sorprendentemente humanos para que, de esa manera, sus estudiantes pudieran acordarse.

Debe admirársele por su espíritu práctico y por su ejemplo de buena ciudadanía, y lo mismo debe hacerse con cualquiera que hoy día escriba o enseñe de ese modo. Por ejemplo, me enloquece Hunter Thompson por esa razón y lo he manifestado en un artículo que incluyo en este libro.

¿Soy yo un «nuevo periodista»? Supongo que sí. Aquí hay un poco de «nuevo periodismo»: sobre Biafra, sobre la Convención Republicana de 1972. Es material libre y personal.

Pero no siento la tentación de seguir por mucho tiempo este camino. He vacilado un tanto al respecto, pero ahora me siento nuevamente persuadido de que la ficción reconocida es una manera mucho más verdadera de decir la verdad que el «nuevo periodismo». O para decirlo con otras palabras, el mejor «nuevo periodismo» es ficción. En cualquiera de las dos formas artísticas, tenemos un reportero idiosincrático. El «nuevo periodismo» no tiene, ni de lejos, la misma facilidad que el escritor de ficción para decir tanto, ni para *mostrar* tanto. Hay muchos lugares en los que el periodista puede meter al lector, mientras que el escritor de ficción puede llevar a su lector a cualquier sitio, inclusive al planeta Júpiter, en caso de que haya algo allí que valga la pena de ver.

En los dos casos, el asunto principal, como aprendí en la Academia Americana de Artes y Letras, es ver si la persona que está tratando de decir la verdad da la impresión de ser un hombre honesto.

Recuerdo ahora, mientras escribo de periodismo y de ficción, una demostración de la diferencia entre ruido y melodía que vi y oí en una clase de física para principiantes en la Universidad de Cornell hace ya tanto tiempo. (La física para principiantes invariablemente es el curso más satisfactorio que ofrece cualquier universidad norteamericana). El profesor arrojó una tabla angosta que tenía el largo aproximado de una bayoneta contra la pared del aula que era de bloques de carbonilla. «Eso es ruido», dijo.

Luego recogió otras siete tablas y las arrojó contra la pared, una tras otra rápidamente, como si fuera un lanzador de cuchillos. Las tablas en secuencia tocaron las primeras notas de *Mary Had a Little Lamb*. Me sentí encantado.

«Eso es melodía», dijo.

Y la ficción es melodía; y el periodismo, nuevo o viejo, es ruido.

El mismo profesor dio una clase sobre equilibrio. Se puso detrás de una fila de cinco metros de largo compuesta de pupitres que le llegaban a la cintura, al frente del aula. Tenía un hilo atado a un dedo. Y mientras decía esto y aquello sobre el equilibrio, parecía estar jugando con un yo-yo que nosotros no podíamos ver debido a los pupitres.

Continuó haciendo lo mismo durante casi una hora. Por último levantó el brazo para que pudiéramos ver lo que había en el otro extremo del hilo. Era un pedazo de madera de molde de cinco metros de largo con el hilo atado en el medio.

—Esto —dijo— es equilibrio.

Sigo perdiendo y recobrando el equilibrio que es el argumento básico de toda ficción popular. Y yo mismo soy una obra de ficción. Recuerdo que en una ocasión estaba con el productor de teatro Hilly Elkins. Acababa de com-

prarme los derechos cinematográficos para *Cat's Cradle* y yo trataba demostrarme amable. Dije algunas palabras amables, y Hilly sacudió la cabeza y dijo: «No, no, no. Esté a favor de Will Rogers, no de Cary Grant».

Sucede que en este preciso momento tengo mi equilibrio. Esta mañana he recibido una nota de un chico de doce años de edad. Ha leído mi última novela, *Breakfast of Champions*, y me dice: «Querido señor Vonnegut: Por favor, no se suicide». Que Dios le bendiga. Le he comunicado que me siento bien.

Este libro está dedicado a una persona que me ayudó a recuperar el equilibrio. Para decirlo con otras palabras: una persona que me *croncleó*. Es otra palabra inventada. Ella se me acercó con el deseo expreso de hacer una «crónica» de mi maravillosa vida cotidiana con película fotográfica. Lo que luego sucedió fue mucho más profundo que una mera crónica.

La entrevista que me hace «*Playboy*» y que está reproducida en este libro es casi tan ficticia como mi efímera imitación de Cary Grant. Es lo que *debiera* haber dicho, no lo que *realmente* dije. «*Playboy*» me mostró la transcripción de lo que yo había dicho al magnetófono y me resultó obvio que por lo menos yo tenía una cosa en común con Joseph Conrad: el inglés era mi segundo idioma. A diferencia de Conrad, yo no tenía idioma propio; entonces me puse a trabajar en la transcripción con lápiz, lapicero, tijeras y borrador para hacer creer que hablar mi propio idioma y pensar sobre asuntos importantes era algo que me resultaba muy fácil.

Esto es lo que encuentro tan alentador en el oficio de escribir: permite a gente mediocre que es paciente y trabajadora revisar su estupidez y editarse a sí mismos como al-

go parecido a la inteligencia. También permite que los lunáticos parezcan más sanos que los sanos.

He aquí mi comprensión del Universo y del lugar de la humanidad en el mismo en el momento actual:

La aparente curvatura del Universo es una ilusión. En realidad el Universo es recto como un hilo tirante, salvo por un nudo en la otra punta. Los nudos son microscópicos.

Una punta del hilo siempre se está desvaneciendo. Su nudo vecino se refugia para siempre de la extinción. La otra punta siempre crece. El nudo vecino siempre persigue el Génesis.

En el principio y el fin era la Nada. La Nada implica la posibilidad de Algo. Es imposible hacer algo de la Nada. En consecuencia, la Nada sólo puede *implicar* Algo. Esa implicación es el Universo, recto y tenso como un hilo, como ya he dicho, salvo por el nudo en cada punta.

Nosotros somos vestigios de esa implicación.

El Universo no está lleno de vida. Está habitado en un solo punto donde las criaturas pueden examinarlo y hacer comentarios sobre el mismo. Ese punto es el planeta Tierra, que para siempre está en el centro de la implicación, a mitad de camino entre las puntas.

Todos los centelleos y destellos del cielo nocturno muy bien podrían ser chispas de la fogata en un campamento de cowboys si tenemos en cuenta toda la vida o la sabiduría que contienen.

En cuanto a lo que le sucede a cierta gente de este libro: no fueron tantos como yo había supuesto los biafreños que resultaron masacrados por los nigerianos al final de la guerra. Los nigerianos tuvieron misericordia. Probablemente las mentes de muchos niños biafreños quedaron dañadas paca siempre por el hambre causado por el bloqueo de los nigerianos.

Como mínimo, esos niños dañados, en el centro exacto del Universo, serán más honorables que Richard M. Nixon y más vigilantes que Dios.

El mismo señor Nixon es un personaje menor en este libro. Es el primer presidente que odia al pueblo americano y todo lo que el mismo representa. Cree de forma tan vibrante en su propia pureza, aunque ha cometido crímenes que son espantosos, que estoy tentado a concluir que alguien le dijo cuando era muy jovencito que todos los crímenes serios eran sexuales, que nadie podía ser criminal y no cometer adulterio o masturbarse.

Es un hombre útil que nos ha demostrado que nuestra Constitución es un documento defectuoso, pues supone de forma inocente que jamás elegiríamos un presidente que nos detestara tanto. Entonces debemos enmendar nuestra Constitución con el objeto de que podamos expulsar más fácilmente a semejante persona del cargo y hasta meterlo en la cárcel.

Éste es mi principal esquema utópico del momento. Mis esquemas de mayor alcance tratan de proveer a todos los norteamericanos de familias artificiales numerosas, de mil miembros o más. Sólo cuando hayamos vencido a la soledad, podremos empezar a compartir las riquezas y a trabajar mejor. Creo con toda honestidad que a la larga tendremos esas familias y espero que se internacionalicen.

Esperaba poder incluir algo de poesía en este volumen, pero descubrí que en todos estos años he escrito un solo poema que merece vivir un minuto más. Es éste:

*We do,  
Doodley do, doodley do, doodley do,  
What we must,  
Muddily must, muddily must, muddily must;  
Muddily do,*

*Muddily do, muddily do, muddily do,  
Until we bust,  
Bodily bust, bodily bust, bodily bust* [1]

Una de esas obras perdidas mías que espero que los profesores jamás encuentren tiene que ver con la deuda contraída con una cocinera negra que tenía mi familia cuando yo era niño. Se llamaba Ida Young y, posiblemente, pasé más tiempo con ella que con ninguna otra persona... hasta que me casé, por supuesto. Sabía la Biblia de memoria y allí encontraba mucho alivio y sabiduría. También sabía mucha historia americana; cosas que había visto otra gente de color y que les había maravillado y recordaba y todavía hablaba de indios en Illinois y Ohio y Kentucky y Tennessee. Asimismo me leía una ontología de poesía sentimental sobre el amor que jamás moriría, sobre perros fieles y humildes, casas que albergaban a la felicidad, sobre gente que envejecía, sobre visitas a cementerios y ojalá tuviera un ejemplar, ya que tanto tiene que ver con lo que hoy soy.

El título del libro era *More Heart Throbs* (Más latidos del corazón) y de ahí era fácil saltar al *The Spoon River Anthology* (La antología del río Spoon), de Edgar Lee Masters, al *Main Street* de Sinclair Lewis, al *U.S.A.* de John Dos Passos, a mi pensamiento actual. Hay un sentimentalismo casi insostenible subyacente en lo que escribo. Los críticos británicos se quejan del mismo. Y Robert Scholes, el crítico norteamericano, una vez dijo que yo ponía capas amargas a píldoras de azúcar.

Ahora ya es demasiado tarde para cambiar. Por lo menos soy consciente de mis orígenes: en una casa de sueños muy grande, hecha de ladrillos y diseñada por mi padre arquitecto, donde no había nadie durante largos períodos de tiempo, salvo yo e Ida Young.

Hay un artículo en este libro que se refiere a Tony Costa, un habitante de Cape Cod que era amigo de mi hija Edith. Fue acusado de varios crímenes. Decidieron que estaba loco y por ende, se salvó del castigo normal. He tenido noticias tuyas. No puedo creer que una persona decente y sensible como él pueda haber llegado a cometer los crímenes que la policía pensó que él había cometido.

Cuando se acercaba la hora de su juicio, fue el americano más famoso que en ese entonces era acusado de crímenes masivos. Por lo menos, estaban escribiendo dos libros sobre él unos reporteros de grandes crímenes.

Y en tanto, en la otra costa del continente. Charles Manson y algunos miembros de su artificial familia numerosa fueron arrestados por asesinar celebridades. Costa dejó de ser una celebridad y del día a la noche se convirtió en lo que había sido al principio, un nadie, el mero vestigio de una implicación.

Eso es también lo que yo soy. Eso es lo que fueron mis padres. Los vestigios de las implicaciones se reproducen. Yo mismo soy padre de tres vestigios y he adoptado tres más. Encima de eso, creo honestamente que estoy viajando en el tiempo. Mañana volveré a tener tres años de edad. Al día siguiente tendré sesenta y tres.

Este libro puede estabilizar mis percepciones de algún modo. Después de todo, es una especie de mapa de los lugares en los que se supone que he estado y de las cosas que se supone que he pensado durante un período de alrededor de veinte años. He arreglado estas pistas en un orden cronológico. Si el tiempo es el hilo recto y uniforme y con abalorios que la mayoría de la gente piensa que es, y si yo he madurado con cierta gracia, entonces la segunda parte de este libro debe estar mejor que la primera.

Éste no es el caso. Encuentro muy pocas pruebas en mi no-ficción de que haya madurado de algún modo. No puedo encontrar una sola idea que no haya sacado de un ter-